

1. Pobre Emily

Invierno y oscuridad casi todo el día, por las mañanas hasta las diez. Emily (¿Em? ¿O Emma, tal vez?) se despierta con la luz. Es tarde para lo que acostumbra.

Mírala, tumbada con una almohada entre las piernas y una mano en el vientre, mirando hacia la ventana, mirando por la ventana, hoy el día está gris. Emily, qué nombre más triste, tan lluvioso que una señora mayor le acariciaría el pelo y le diría, pero mi niña, ¿estás aquí en casa tú sola? Venga, levántate, Emily, le diría, y cuando se levantara las sábanas olerían a algo que no es solo ella, y se desenroscaría de la cama porque le pesa la barriga, tarde, tarde, su cuerpo es casi un ladrillo, se siente cuadrada, ancha de espaldas, gorda, con los tobillos hinchados, la cara demasiado chata y demasiado redonda.

Se mira al espejo y ahí está su padre en la nariz, la piel, la anchura de las muñecas. Su madre está en el pelo. Emily no quiere pensarlo. Se pone el jersey y los pantalones.

El piso es bastante pequeño, el espacio justo para dos, no hay espacio para nadie más. Un saloncito, un dormitorio donde está la cama y debajo de la cama hay cajones para la ropa, que ahora está amontonada contra la pared, porque Emily no es capaz de doblarla (ahora siempre lleva la ropa arrugada, lo que le confiere un aspecto desaseado aunque esté limpia). Una cocina pequeña, una mesita con dos sillas, varias paredes que separan una habitación de otra, una lavadora en el sótano. Emily pasa muchos minutos y muchas horas tumbada en la cama mirando fijamente la pared y el techo en mitad de la negra noche y, como duerme poco, llena muchas horas con programas de televisión los días que no va a trabajar. Enciende la tele en cuanto se levanta y la deja encendida durante todo el día a volumen treinta y tres, lo que le evita pensar por sí misma. El programa matinal con un cocinero que fríe un buen trozo de pescado blanco hace que sus pensamientos salten por el balcón y aterricen con un pum en el asfalto para después desaparecer.

Emily mira el móvil y ve que MAMÁ ha llamado tres veces, y un minuto después de la tercera llamada, MAMÁ le ha mandado un mensaje: HOLA ESTÁS DESPIERTA, PUEDES DARME UN TOQUE CUANDO VEAS ESTO. Una no puede dedicarse a estar preocupada por su propia madre (de la misma manera en que las madres se preocupan por sus hijas) cuando una madre es lo único que una tiene, porque

Em no tiene a nadie más que a su anciana madre, pero siente, y se le pone el vello de punta, que tiene que contestar a la primera para que su madre no se preocupe. Le devuelve la llamada y sabe que su madre coge el teléfono tarde a propósito, y si Em cuelga antes de que su madre alcance a responder, su madre le dirá: no cuelgues tan rápido, que me echo a llorar.

Pasan treinta segundos, Em los cuenta mientras suena el teléfono, hasta que contesta su madre.

Em le pregunta por qué ha llamado y su madre le dice que se lo ha pensado mejor y se pregunta si Em necesita ayuda, si quiere que le compre algo. Em le pregunta con qué iba a necesitar ayuda. No quiere ser borde, aunque así suena, y su madre le dice: bueno, no sé, y Emily piensa para qué puede necesitar ayuda, no lo sabe, tal vez para cambiar la bombilla del baño. Le dice a su madre que puede ir a las cuatro, si quiere, y su madre le dice que claro.

Pobre de esa tal Emily, hoy, en el día de hoy, ya lleva siete meses embarazada y ahora son dos: Em y la barriga que crece, Em y la criatura, después de que Pablo desapareciera por la puerta para gestionar un asunto, como él mismo dijo. Sí, así fue, desapareció. ¿O no fue así? Voy a solucionar una cosa, dijo Pablo, y se encerró con llave en la habitación durante dos horas. Em estaba sentada en el sofá viendo la tele, se quedó dormida, se despertó y Pablo seguía en la habitación, y después salió por la puerta con una bolsa negra al hombro. Emily miró a Pablo antes de que él se fuera, Pablo la miró a ella, Emily preguntó en qué pensaba Pablo, dónde iba, Pablo le guiñó un ojo a Emily, cerró la puerta, echó la llave, Emily siguió viendo la tele.

Los primeros días, se pasaba las noches esperando sentada, ponía atención por si oía a alguien coger el ascensor en el descansillo o bajar las escaleras, ponía atención por si oía un coche pararse frente al edificio. Entonces vuelve a llamar, el teléfono suena y sigue sonando hasta que él responde, con voz inexpresiva, y ella pregunta «pero qué pasa» y Pablo dice «nada», su voz no muestra ningún tipo de interés, y Em repite «nada, y eso qué significa» y Pablo dice «no lo sé», y entonces hay una pausa larga, «necesito pasar un poco de tiempo solo y tengo que arreglar un asunto con Ousman». Em tamborilea con los dedos contra el cristal de la ventana, dice «solo, y eso qué significa», y Pablo dice «significa que creo que es mejor que nos separemos un tiempo», y

eso ella no lo entiende, que la esté dejando, o no lo quiere entender, no, no lo entiende, cree que va a arreglar ese asunto con Ousman y luego, más tarde, la llamará, pero quién sabe.

Durante un instante, Emily comprende que Pablo ha roto con ella, pero solo durante un instante. Si se la mira entonces, se le ven los ojos oscuros y grandes, cansados (cansa muchísimo que te dejen), parece tristísima.

Pero cuando encuentra veinte mil coronas en una bolsa de plástico debajo de un cojín en el dormitorio y cuenta todo el dinero, se le vuelven a iluminar los ojos.

La señora mayor le habría dicho: Pero mi niña, estas cosas pasan, y habría abrazado a Emily y la habría mecido de un lado a otro y entonces Emily se habría vuelto a quedar dormida.

Después se habría despertado, y si se la vuelve a mirar se le querría preguntar ¿qué quieres ser cuando seas mayor?

Una vez su madre dijo que Em tenía que empezar a ganar dinero si quería comprarse diademas y maquillaje como las demás chicas (su madre siempre estaba tan pelada las semanas antes de cobrar la nómina que Em tenía que llamar y preguntar si podía coger comida cuando estaba sola en casa). Em fue a un supermercado con una solicitud de trabajo y un curriculum impresos, y así fue como consiguió su primer empleo.

Emily, tan gris y mojada como los bloques de hormigón de Romsås, ¿cómo va a ser capaz de cuidar de un bebé? ¿Puede coger a una criatura en brazos, le saldrá de manera natural o se quedará rígida?

Siempre hay familias que no lo consiguen, en algunas familias la desgracia se hereda, va en los genes, se agazapa y se incuba. Se confirma donde quiera que va Em, aparece marcado con una cruz en su tarjeta sanitaria, después de tres controles sin el padre del bebé en el centro de salud, la matrona escribe «madre soltera» en la columna de otras observaciones, a pesar de que la barriga crece como debe y el latido del corazón del bebé es normal. Y luego está el médico, que le dice que el dolor pélvico puede llegar a entristecer y deprimir a muchas mujeres. No te puedes mover lo suficiente. Es importante moverse, dice, porque es especialmente importante mantenerse activa durante el embarazo. Es importante que vuelvas si te sientes triste. Con el tiempo te encontrarás mejor, le dice el médico, y al día siguiente por la mañana, sobre las 9, llaman de asuntos sociales (o como se llame eso) y dicen que han hablado con el médico de Em y que están preparados y pueden acudir enseguida si pasara algo. Es un programa de prevención, dice la mujer, por si necesitas hablar con alguien. Y aunque la mujer se esfuerza para que su voz suene lo más agradable y sonriente que puede, sabe que la embarazada acabará derrumbándose como un mueble barato. Solo es cuestión de tiempo. Em responde

que no pasa nada y que se encuentra bien, algo que suele hacer.

Ha engordado varios kilos en una semana y la matrona del centro de salud está a punto de decir que Em está muy gorda y que si no le pone remedio, se pondrá de parto antes de salir de cuentas, porque tiene la pelvis demasiado estrecha, no, porque puede ser peligroso parir bebés tan grandes (pero eso no tiene nada que ver con la pelvis, no sé por que le dice eso a Emily).

Em ha engordado y ocupa más espacio del que se esperaba, los muslos le cuelgan por fuera de la silla, ocupa dos asientos en el metro. Pero ahora la idea del bebé se ha convertido en algo con lo que está cómoda, el bebé que llevo en la barriga está ahí adentro y me espera, dice Em. Eso está muy bien, dice la matrona, que hagas espacio. Le pide a Em que se tumbe en lo que Em habría llamado una tabla, pero es una especie de camilla que la matrona ha forrado de papel. El papel cruje cuando Em se acuesta y la matrona es amable y cercana, se calienta el gel en las manos y se lo extiende a Em en la barriga, después escucha en distintos sitios, aquí no, aquí, aquí está la espalda del bebé, dice la matrona, y pone el estetoscopio a la izquierda, y aquí están los pies, dice la matrona, y aprieta el estetoscopio contra la barriga varias veces, y el bebé se mueve, se retuerce. Después mide con una cinta métrica y dice: qué grandeeeeeeee.

Sí, al principio la matrona es cariñosa y amable, y después se pone seria. La matrona es como apagar y

encender un interruptor, pulsa el teclado con sus dedos arrugados con las uñas pintadas de rosa. Ha hablado de Em con el médico y ha hablado con asuntos sociales y ha hablado con un sociólogo sobre si habría seguimiento, los miércoles podrían reservar una cita para ella, o podrían llamar, para que tenga alguien con quien contar, para que de algún modo tengas donde apoyarte, dice la matrona. Y tienes que tener cuidado con el azúcar, no comas azúcar y pon las piernas en alto.

Además, debería cogerse la baja. La matrona se pregunta por qué no lo ha hecho antes (pero cariño, bonita, cielo), ¿no sabe su jefe que está embarazada? No puede estar en el tercer trimestre de embarazo y trabajar a tiempo completo en un supermercado (¡!). Pero eso Emily no lo sabía, solo hacía menos guardias en el trabajo, porque estaba cansada y tenía náuseas. Ya veo, dice la matrona, pregunta cuánto dinero te corresponde por la baja.